



Santa María Eugenia de Jesús

7 abril 1889

**CONTRICIÓN, COMPASIÓN, GENEROSIDAD, ABANDONO A DIOS,
FRUTOS DE LA MEDITACIÓN DE LA PASIÓN**

Mis queridas hermanas,

Entramos ahora verdaderamente en el tiempo de pasión. Es voluntad de Dios y de la Iglesia que empleemos este tiempo en meditar los sufrimientos de nuestro Señor Jesucristo. Siento que durante esta Cuaresma diciéndoos cosas buenas y útiles, no os he hablado de los sufrimientos de nuestro Señor, de los instrumentos de la Pasión, de los efectos de la preciosa sangre de Jesucristo. Hoy, querría deciros al comenzar esta meditación de la Pasión que penséis largamente, afectuosamente, con toda la atención y devoción de vuestro corazón, en la agonía de nuestro Señor en el Jardín de Getsemaní.

Todo comienza por la agonía, se la ha llamado la “pasión del corazón”. Es en ella dónde nuestro Señor ha visto todos nuestros pecados y ha aceptado su peso, ha visto todos sus sufrimientos y ha aceptado el dolor y la humillación, ha estado lleno de tristeza y de temor, como dice el Evangelio.

Sí, nuestro Salvador ha conocido la tristeza, el temor y la angustia: *“Comenzó a sentir tristeza y angustia”* Mt 26,37. Nosotras también tenemos momentos de tristeza, de angustia y temor: temor de lo que es necesario sacrificar y entregar de nosotras mismas, temor de lo que nos puede sobrevenir. Se puede entrar en una enfermedad dolorosa, humillante, se la teme; es un temor normal que no depende de nosotros. Tenemos también momentos de tristeza e incluso de aburrimiento. Lo que diferencia unas personas y otras, es que unas se dejan agobiar, hundir, adormecer por las penas, y otras que, por un mayor amor, las ofrecen a nuestro Señor y después de haber dicho como Él: *“Si es posible aparta de mí este cáliz, añaden con Él. “Pero no se haga mi voluntad sino la tuya”*. La unión de nuestra voluntad a la de Dios es el primer fruto que sacamos de esta meditación de la agonía de Jesucristo.

Es necesario tener también una gran contrición. Se puede comprender la gravedad del pecado, cuando se dice que el pecado más pequeño ha causado tales sufrimientos a nuestro Señor Jesucristo, y que incluso los pecados veniales no son perdonados más que

por la efusión de su sangre preciosa! Comprended bien esto, hermanas y tened un sentimiento de contrición vivo y profundo.

Después de la contrición ejercitaos en la compasión. La meditación de la Pasión debe producir este fruto en nosotros. Cuando nuestro Señor dijo a las mujeres de Jerusalén: *“No lloréis por mí, llorad más bien por vosotras y vuestros hijos”*, era para hacerles comprender que era necesario llorar por sus pecados y los de la nación judía, pero no reprobaba sus lágrimas de compasión; es un sentimiento excelente llorar a causa de nuestro Señor. Todos los santos y santas han llorado y gemido al ver sus sufrimientos, han tenido una profunda compasión, y la Reina de los santos cuyos dolores vamos a celebrar esta semana ha llevado la compasión más lejos que nadie. La parte que ha tomado en la Pasión de su Hijo, la manera en la que ha resentido sus sufrimientos hace de su compasión una pasión verdadera. María estaba muerta en vida. Nuestro Señor estaba muerto y ella vivía con la muerte en el alma, la muerte en su rostro y en sus miembros, y en un dolor que nadie podrá captar la inmensidad.

Es necesario entonces sacar de la meditación de la Pasión la contrición y la compasión, también la generosidad. Cuando nuestro Señor hace tanto por nosotros, cuando acepta la expiación de nuestros pecados, cómo no aceptaríamos los males de este mundo para expiar nuestros pecados y tener parte en su bienaventurada eternidad? Si el buen ladrón fue escuchado en la cruz tan pronto, habiendo sido crucificado no es poca cosa !Fue llevado a la muerte por la justicia humana y no hay que creer que no sufría mucho porque no estaba clavado, pues las cuerdas deben causar dolores extremos.

Este suplicio ha sido también en nuestra época el de los mártires de Japón, atados con cuerdas. Es así como ellos han sido crucificados y después se les traspasaba el corazón. Así pues el buen ladrón si fue escuchado, sufrió mucho y son los duros sufrimientos llevados humildemente en unión con los del Salvador los que le han permitido escuchar esta palabra: *“Hoy estarás conmigo en el Paraíso”* Hoy, dice Bossuet qué prontitud! Conmigo , qué seguridad! En el Paraíso qué estancia!

Qué magnífica esta palabra! Si nuestro Señor, para concedernos la bienaventurada eternidad con Él en el Paraíso quiere que también pasemos por el sufrimiento, que sintamos los padecimientos del temor, de la tristeza, de la angustia es necesario darle todo esto por la fe y por el amor y nos hará capaces de sufrir generosamente con Él en la medida que Él quiera.